

# Capítulo 1

---

*13 de febrero, Washington, D.C.*

Dexter Whitlaw cerró con cuidado la caja, asegurando cada una de las esquinas con la cinta adhesiva de embalar que había robado el día anterior en WalMart. También allí había robado un rotulador negro que ahora utilizaba para escribir con claridad una dirección sobre el paquete. Dejó la cinta y el rotulador en el suelo, se colocó la caja bajo el brazo y se dirigió a la oficina de correos más cercana. Se encontraba tan sólo a una manzana, y el tiempo no era todo lo frío que cabría esperar para el mes de febrero en el Distrito de Columbia: estarían a unos siete grados.

Si fuera congresista, pensó con amargura, no tendría que pagar el puñetero franqueo.

Unos finos rayos de sol invernal bañaban las aceras. Los funcionarios de aspecto serio pasaban junto a él apresurados, sus abrigos negros o grises ondeando en el aire, seguros de su importancia. Si alguien les preguntaba sobre su ocupación, nunca decían: «Soy contable» o «soy jefe de una oficina», aunque pudieran dedicarse exactamente a eso. No, en aquella ciudad, donde la posición lo era todo, la gente decía: «Trabajo para el Gobierno» o «trabajo para el Ministerio de Hacienda», o si se trataba de aquellos realmente vanidosos, utilizaban las iniciales, como MD, esperando que todo el mundo conociera su significado: Ministerio de Defensa. Personal-

mente, Dexter pensaba que todos deberían tener un carnet de identidad en el que se especificara que trabajaban para el MG, Ministerio de Gilipollas.

¡Ah, la capital de la nación! El poder se respiraba en el aire, lo perfumaba como si se tratara del aroma de algún vino excepcional y todos aquellos locos estuvieran embriagados con él. Dexter los estudiaba con ojos fríos y distantes. Creían saberlo todo, pero no sabían nada.

No sabían lo que era el verdadero poder, destilado en su estado más puro. El hombre de la Casa Blanca podía dar órdenes que causaran la guerra; con el maletín bajo llave llevado por un ayudante siempre cercano, podía hacer que fueran arrojadas las bombas y que millones de personas murieran, pero él vería aquellas muertes con la despreocupación de la distancia. Dexter había conocido el verdadero poder en el pasado, en Vietnam, lo había sentido en su dedo cuando apretaba el gatillo con lentitud. Perseguía a su presa durante días, se tendía inmóvil en el fango o sobre hierba urticante, haciendo caso omiso de los insectos y de las serpientes, de la lluvia y del hambre, esperando el momento perfecto en el cual su objetivo apareciera inmenso en su campo de visión y la mira telescópica se posara justo donde Dexter quería; en esos momentos, todo el poder estaba en sus manos, la capacidad de conceder la vida o acabar con ella, de apretar el gatillo o no, todo el mundo reducido a sólo dos personas: él mismo y su presa.

La sensación más fuerte de su vida la tuvo el día en que su observador le señaló un claro entre las ramas en cierto árbol. Cuando enfocó la mira, se sorprendió al ver a otro francotirador, por su apariencia un ruso, con el rifle apoyado en el hombro y el visor en el ojo mientras intentaba enfocarlos. Dexter se le adelantó por un segundo y su bala fue la primera en abrirse paso. Un segundo, una milésima más y el ruso hubiera disparado primero, y el viejo Dexter Whitlaw no estaría allí admirando el paisaje de Washington, D. C.

Se preguntaba si el ruso llegó a verlo en algún momento, si hubo una fracción de segundo en que tuviera conocimiento de lo que iba a ocurrir antes de que el proyectil aniquilase toda señal de conciencia. Aunque de ningún modo pudo ver la bala. A pesar de los fantasiosos efectos especiales de las películas de Hollywood que mostraban justo eso, jamás nadie vio la bala.

Dexter entró en la cálida oficina de correos y se puso al final de la fila que esperaba ser atendida en el mostrador. Había escogido la hora del almuerzo, la más concurrida, para eliminar la posibilidad de que algún empleado de correos se acordara de él si era interrogado. No se trataba de que hubiera nada especialmente inolvidable en su aspecto, excepto su mirada fría, pero no le gustaba tentar la suerte. El ser precavido le había mantenido con vida en Vietnam y había funcionado durante los veinticinco años desde que regresó al mundo real y abandonó el infierno verde tras de sí.

Su apariencia no era la de un hombre acaudalado y de éxito, pero tampoco la de un vagabundo. Su abrigo era reversible. Uno de los lados, el que lucía en ese momento, era de recia mezclilla marrón, ligeramente raída. El otro lado, el que llevaba cuando se encontraba en la calle, estaba parchado y rasgado, el típico abrigo de un vagabundo de la calle. La prenda era un camuflaje bueno y sencillo. Los francotiradores aprendían a confundirse con su entorno.

Cuando llegó su turno, colocó el paquete sobre el mostrador para que lo pesaran y sacó a tientas unos billetes sueltos del bolsillo. La caja iba dirigida a Jeanette Whitlaw, en Columbus, Ohio; su esposa.

Se preguntaba por qué no se había divorciado de él. ¡Diablos, quizá lo hubiera hecho! No la había llamado desde hacía dos años ya, tal vez más. Intentó recordar cuándo había sido la última vez...

—Un dólar con cuarenta y tres centavos —le dijo el empleado, sin echarle siquiera una ojeada. Dexter depositó dos dólares en el mostrador, se guardó el cambio y abandonó la oficina de correos con la misma discreción con la que había entrado.

¿Cuándo fue la última vez que habló con Jeanette? Quizás hacía tres años. Tal vez cinco. Dexter no solía prestar mucha atención a los calendarios. Trató de calcular qué edad tendría ahora la pequeña. ¿Veinte años? Había nacido el año de la ofensiva del Tet, le pareció recordar, aunque no estaba seguro. En el sesenta y ocho o el sesenta y nueve, en algún momento entre esas dos fechas. Eso significaba... ¡Diablos, tenía veintinueve años! ¡Su pequeña rondaba ya los treinta! Probablemente estaría casada, con un parejita de niños que lo convertirían en abuelo.

No podía imaginársela hecha una mujer. No la había visto durante al menos quince años, quizá más, y siempre la esbozaba en su mente como si tuviera siete u ocho, flaca y vergonzosa, con unos grandes

ojos marrones y con la costumbre de morderse el labio inferior. La pequeña le hablaba siempre en susurros, y sólo cuando él le hacía una pregunta directa.

Debería haber sido un padre mejor para ella, un marido mejor para Jeanette. Debería haber hecho muchas cosas en su vida, pero volver la vista atrás y reconocerlo no concedía a un hombre la oportunidad de volver y cambiar ninguna de ellas. Tan sólo le permitía lamentar no haberlas hecho.

Pero Jeanette le había seguido queriendo, incluso cuando Dexter regresó de Vietnam, tan frío y distante, transformado en otra persona. A sus ojos, seguía siendo el joven de Virginia Occidental de mirada penetrante y nerviosa al que ella amaba y con el que se había casado, no importaba que el muchacho hubiera muerto en una jungla infectada de insectos y que el hombre que había regresado a casa, junto a ella, fuera un extraño en todos los sentidos excepto por el rostro y el cuerpo.

Los únicos momentos en los que se sentía vivo era cuando tenía el rifle en las manos y miraba por el visor, sintiendo aquella corriente de adrenalina, el realce de todos sus sentidos. Era curioso que aquello que lo había matado fuera también lo único que hacía que se sintiera vivo. No el rifle; el rifle, una herramienta tan precisa y fiel como el hombre era capaz de crearlas, no dejaba de ser una herramienta. No, lo que le hacía sentir vivo era la destreza, la persecución, el poder. Había sido francotirador, y de los mejores. Pero si sólo hubiera sido eso habría podido regresar junto a Jeanette, pensaba a veces; aunque hacía años que ya no intentaba analizar las cosas.

Había matado a muchos hombres, y asesinado a uno.

La distinción estaba clara en su mente. La guerra era la guerra. El asesinato era otra cosa.

Se detuvo en un teléfono público y rebuscó algo de cambio en el bolsillo. Se sabía el número de memoria. Introdujo las monedas y escuchó el tono de llamada. Cuando contestaron en el otro lado, dijo con claridad:

—Me llamo Dexter Whitlaw.

Había desperdiciado su vida pagando por el crimen que había cometido. Ahora le tocaba a otro hacerse cargo de la cuenta.

## Capítulo 2

---

*17 de febrero, Columbus, Ohio*

El paquete se encontraba en el pequeño porche delantero cuando Karen Whitlaw llegó a casa del trabajo aquella noche de febrero. Los faros delanteros lo iluminaron por un instante al detenerse en el camino de entrada, pero estaba demasiado cansada para sentir curiosidad por su contenido. Fatigada, levantó su cargado bolso, abarrotado con el monedero, los papeles y los enseres de su trabajo, y sobrellevó la lucha habitual para salir del coche con la pesada bolsa. El asa se enganchó en el salpicadero, y luego en el volante; maldiciendo entre dientes, Karen la soltó de un tirón y la bolsa le golpeó en la cadera haciéndole daño. Avanzó con dificultad por la nieve hacia el porche, apretando los dientes mientras aquella papilla helada se introducía en sus zapatos. Debería haberse puesto las botas, lo sabía, pero se encontraba demasiado cansada cuando acabó su turno para hacer otra cosa que conducir hasta casa.

La caja estaba apoyada contra el escalón, entre la puerta de tela metálica y la puerta principal. Abrió la puerta y estiró el brazo para encender de un manotazo las luces; acto seguido, se inclinó y levantó la caja. No había hecho ningún pedido; con toda seguridad debían haberla entregado en la dirección equivocada.

La casa estaba fría y en silencio. Había olvidado otra vez dejar una luz encendida aquella mañana. No le gustaba volver a casa a os-

curas; le recordaba de nuevo que su madre ya no se encontraba allí y no le abriría la puerta, que ya no olería el delicioso aroma de la cena cocinándose ni oiría a Jeanette tarareando en la cocina. La televisión solía estar encendida aunque nadie estuviera viéndola, porque a Jeanette le gustaba el ruido de fondo. Por tarde que llegara a casa y por muy cansada que estuviera, Karen sabía que su madre tendría comida caliente y una sonrisa alegre esperándola.

Hasta hacía tres semanas.

Todo fue muy rápido. Jeanette se quejó una mañana de un dolor y de fiebre, y ella misma se diagnosticó un resfriado. Parecía un poco congestionada, y cuando Karen le tomó la temperatura sólo tenía treinta y siete grados, de modo que el resfriado parecía una suposición razonable. A mediodía Karen llamó por teléfono para preguntarle cómo se encontraba, y aunque el resfriado había empeorado, Jeanette seguía diciendo que era sólo eso, un resfriado.

Cuando Karen llegó a casa aquella noche, con sólo echar un vistazo a su madre, acurrucada en una manta sobre el sofá y con escalofríos, supo que se trataba de una gripe en lugar de un simple resfriado. Tenía treinta y nueve de fiebre. El estetoscopio transmitía sonidos alarmantes a los oídos experimentados de Karen: ambos pulmones estaban seriamente congestionados.

Karen siempre había pensado que la mayor ventaja de ser enfermera era que se aprendía a forzar a la gente con delicadeza y a conseguir de una forma inexorable que hicieran lo que una quería. Mientras Jeanette argumentaba que tan sólo tenía un resfriado y que era una tontería ir al hospital, Karen agilizó los preparativos oportunos y en quince minutos tenía a su madre bien arropada en el coche.

Había estado nevando con intensidad. A Karen siempre le había gustado la nieve, pero ahora, al verla, le venía a la mente aquella noche en que tuvo que conducir, sus nudillos blancos, a través de los remolinos y cortinas cegadoras de nieve, escuchando a su madre librar una batalla cada vez más desesperada por aspirar oxígeno. Condujo hasta el hospital donde trabajaba, se detuvo en la entrada de urgencias e hizo sonar el claxon hasta que acudieron en su ayuda, pero aparte de la nieve, el único recuerdo claro de aquella noche era la visión de Jeanette tendida sobre las sábanas blancas, pequeña y en cierto modo arrugada, sumiéndose con rapidez en un estado de insensibilidad por mucho que Karen le hablara.

Una neumonía vírica aguda, diagnosticaron los médicos. La enfermedad había actuado con rapidez, cerrando todos los órganos internos, uno a uno, al tiempo que clamaban por oxígeno. Jeanette murió tan sólo cuatro horas después de haber sido ingresada, a pesar del esfuerzo frenético del equipo médico por vencer al virus.

La muerte imponía muchas obligaciones. Había impresos que rellenar, impresos que firmar, impresos que llevar a otra gente. Llamadas y decisiones que tomar. Tenía que elegir la empresa para el funeral en su casa, el servicio, un ataúd, el vestido con el cual iba a enterrar a su madre. Había gente a la que atender... ¡Dios santo! Los amigos de su madre que llamaban y acudían con una cantidad de comida a la que Karen jamás podría dar fin; sus propios colegas de trabajo, una pareja de vecinos. Sentía la garganta permanentemente cerrada, los ojos arenosos. No podía llorar delante de aquella gente, pero por la noche, cuando se encontró a solas, no pudo parar de hacerlo.

Sobrevivió el trance del funeral, y aunque siempre los había considerado crueles, ahora comprendía el sentido de ese último ritual, una ceremonia para señalar el fin de una mujer dulce que nunca le pidió mucho a la vida y que sencillamente era feliz con lo cotidiano. Las oraciones y los cantos marcaban el final de aquella vida y le rendían homenaje.

Desde entonces, Karen dejaba pasar los días, pero a eso se reducía todo. Su pena era aún reciente y dolorosa, no tenía interés en el trabajo. Durante mucho tiempo Jeanette y ella habían estado unidas, las dos contra el mundo. En un principio era Jeanette la que trabajaba, y trabajaba duro en cualquier empleo que podía conseguir, para mantener un techo sobre sus cabezas y darle a Karen la oportunidad de recibir una buena educación. Luego le llegó a Karen el turno de trabajar y a Jeanette la hora de descansar y dedicarse a lo que más le gustaba: hacer pequeños trabajos agradables pero sin importancia en su pequeña casa, cocinar, hacer la colada, crear el hogar que la necesidad siempre le había negado.

Pero aquello había desaparecido ahora, y no había modo de recuperarlo. Todo lo que le quedaba a Karen era una casa vacía, y sabía que no podría vivir en ella por más tiempo. Aquel día había dado un paso al llamar a un agente inmobiliario para poner la casa en venta. Vivir en un apartamento sería mejor que enfrentarse a la casa vacía, a sus recuerdos, día tras día.

La caja no era pesada. Karen la sujetó bajo el brazo mientras cerraba la puerta y echaba la llave. A continuación, dejó que el pesado bolso se deslizara del hombro sobre una silla. Ladeó el paquete hacia la luz para leer la etiqueta. No había ninguna dirección para devolverlo al remitente, pero le sorprendió ver el nombre de su madre, «JEANNETTE WHITLAW», escrito en el paquete con mayúsculas sencillas y claras. Su pecho se encogió de dolor. Raras veces Jeanette hacía pedidos, pero cuando lo hacía, se comportaba como una chiquilla en el día de Navidad, esperaba ansiosa el correo o al repartidor y se mostraba radiante cuando por fin llegaba el esperado paquete.

Karen llevó la caja a la cocina y usó un cuchillo para cortar la cinta de embalar. Abrió las solapas y miró en el interior. Había unos cuantos papeles y un libro pequeño sujeto con unas gomas elásticas, y, encima de todo ello, una hoja de papel doblada. Sacó la carta, la desdobló y dirigió los ojos automáticamente a la parte inferior para ver quién la enviaba. El nombre garabateado, «Dex», le hizo arrojar la carta, sin leerla, al interior de la caja.

Su querido papá. Jeanette no había sabido nada de él desde hacía cuatro años al menos. Karen en realidad no le hablaba desde los trece años, un día que él llamó para desearle un feliz cumpleaños. Estaba borracho, ni siquiera era una fecha próxima a su aniversario, y Jeanette se pasó toda la noche llorando en silencio después de hablar con su marido. Ese fue el día en el cual todo su resentimiento, confusión y amargura se convirtieron en odio, y si Karen estaba en casa las pocas veces que él volvió a llamar después de lo ocurrido, se negaba a hablar con él. Jeanette se afligía, pero Karen consideraba que, en su escala de valores, guardar rencor tenía mucho menos peso que abandonar a la esposa y la hija, y por ello no había cedido.

Dejó la caja sobre la mesa, anduvo con dificultad hacia su dormitorio, se despojó de la ropa y arrojó el arrugado uniforme verde al suelo. Le dolían los pies, le dolía la cabeza, le dolía el corazón. Las horas extraordinarias que estaba trabajando, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, mantenían su mente ocupada pero aumentaban su depresión. Se sentía como si no hubiera visto la luz del sol durante semanas.

Deslizó los pies fuera de los zapatos húmedos y con rapidez se puso unos pantalones de algodón y unos calcetines gruesos. Tenía frío y estaba cansada. Pensó con nostalgia en el calor y los rayos de sol. En



otro tiempo, cuando sólo tenía dos años, vivieron en una base de Florida. Karen no lo recordaba en realidad, pero cuando cerraba los ojos aún podía sentir el efecto del calor maravilloso, de los largos días bajo el sol deslumbrante. Jeanette hablaba a menudo de Florida, con melancolía en la voz, porque aquellos días habían sido relativamente felices. En aquel entonces, Dexter ya se había marchado a Vietnam y nunca iba a casa. Jeanette se mudó de nuevo a las montañas de Virginia Occidental, de donde provenían originariamente, para estar cerca de los familiares de ambos mientras rezaba por su seguridad y esperaba que finalizara el turno de servicio de su marido.

Pero un turno seguía a otro, y luego a otro, y el hombre que apareció finalmente en el umbral de su puerta no era el mismo que se había marchado. Karen recordaba con claridad aquellos días, el mal humor de su padre, sus largas temporadas bebiendo, el tener que andar de puntillas alrededor de él por miedo a hacer estallar su cólera. Se había vuelto mezquino, y ni siquiera el amor inquebrantable de Jeanette podía retenerlo. Empezó a desaparecer, al principio por un día o dos, pero luego los días se transformaron en semanas, las semanas en meses, hasta que un día Jeanette se dio cuenta de que se había ido para siempre. Lloró contra la almohada muchas noches; Karen también lo recordaba.

Se habían mudado de Virginia Occidental a Ohio para que Jeanette pudiera conseguir un trabajo mejor. Hubo unas cuantas llamadas de teléfono, un par de cartas, y una vez Dexter llegó a visitarlas de verdad. Karen no lo vio; su padre se marchó antes de que ella volviera de clase. No obstante, Jeanette estaba radiante, ligeramente excitada, y a los diecinueve años Karen era lo bastante adulta para comprender que sus padres habían despachado la visita en la habitación de Jeanette. Eso había ocurrido diez años antes, y Jeanette no volvió a verlo desde entonces. Sin embargo, no dejó de amarlo. Karen no lo entendía, pero aceptaba la lealtad de su madre. Jeanette había sido infinitamente adorable, incluso con el marido que la había abandonado.

Después de una cena solitaria a base de cereales fríos, Karen se obligó a retomar la carta.

«Jeanie, aquí tienes unos documentos viejos que me pertenecen. Deposítalos en un lugar seguro y guárdalos por mí. Puede que algún día valgan algo. Dex.»

Eso era todo. Ningún saludo, nada de «querida», sin despedirse

«con amor». Se había limitado a enviar sus papeles viejos por correo, esperando que su madre se los guardara.

Y ella lo habría hecho. Jeanette habría seguido meticulosa sus instrucciones e incluso habría conservado aquella nota seca junto con el lastimoso montón de cartas de cuando estaba en Vietnam.

El primer impulso de Karen fue arrojar el paquete a la basura. Por respeto a su madre, no lo hizo. Por el contrario, lo llevó a la habitación vacía de Jeanette y lo introdujo en una de las cajas que contenían las pertenencias de su madre. No podía resignarse aún a deshacerse de nada; había alquilado un almacén y lo conservaría todo allí hasta que llegara ese día.

Estaba todo prácticamente empaquetado. Sólo quedaban algunos objetos sobre la cómoda. Karen los añadió a la caja y la selló con varias tiras de cinta adhesiva de embalaje sobre el cartón.

Con suerte, la casa se vendería pronto, llegaría la primavera, y ella podría ver de nuevo los rayos de sol.

## Capítulo 3

---

*5 de agosto, Nueva Orleans, Louisiana*

Era casi medianoche. Alguien le estaba siguiendo. Otra vez. Dexter Whitlaw giró la cabeza lo suficiente para percibir el destello del movimiento con su visión periférica. La excitación palpitaba en sus venas, y casi esbozó una sonrisa irónica. No había nada como una persecución, aun cuando él fuera la presa. Llevaban siguiéndolo casi seis meses, y él disfrutaba usando sus viejas tácticas para evadirlos. Los había obligado a una verdadera caza, zigzagueando de un lado a otro por todo el país, saliendo a la superficie en las grandes ciudades para hacer otras llamadas. No había esperado que fuera fácil y no se sentía contrariado, pero conocía a su hombre.

Tras el inicial «Vete al infierno» que había resonado en sus oídos, Dexter inició su juego del gato y el ratón. El chantaje podía ser tan brutal como una amputación o tan delicado como ir sacando del agua con un sedal muy fino una trucha de un tamaño nunca visto en el mundo. Primero, había expuesto su prueba; tan sólo un poco, lo justo para dar a entender lo que podría salir a la luz si no se cumplían determinadas condiciones.

Como había supuesto, el pichón había reaccionado con cólera. Lejos de sentirse intimidado, había reunido a todos sus perros y se los había arrojado a Dexter. La mayoría de los hombres estarían ya muertos, pero Dexter había pasado en Vietnam tres años de su vida arras-

trándose por el suelo, aprendiendo a ser paciente, adquiriendo estrategias y la habilidad para esconderse tan bien que los confiados perros habían pasado junto a él varias veces, del mismo modo que cualquier vietcong o vietnamita del norte habían hecho en Vietnam.

Dexter se lo estaba pasando en grande. No se había sentido tan sorprendentemente vivo desde que contempló a través de su punto de mira al del ruso y supo que a uno de los dos le quedaba menos de un segundo de vida.

El perro que le seguía ahora era mejor que el resto. No tan bueno como el viejo Dex, pensó entusiasmado, pero lo bastante bueno para mantenerlo alerta. ¡Diablos, incluso le conocía! A menos que le fallara el olfato, lo estaba siguiendo nada más y nada menos que Rick Medina, uno de los mejores asesinos de la CIA hacía veinticinco años. Otro tiempo, otro mundo, pero ahí se encontraban los dos, los mismos jugadores de siempre jugando al viejo juego del escondite.

Dexter se fundió en las sombras, permaneciendo en cuclillas un instante a la espera de que su perseguidor hiciera otro movimiento. Un hombre menos precavido hubiera disparado primero para comprobar la identidad después, pero este tipo era astuto. En el supuesto de que Dexter no supiera que lo estaban siguiendo, si, por precipitarse, mataba al tipo equivocado, la verdadera presa se sumergiría en los confines de la tierra y pasarían semanas antes de que pudieran encontrarlo de nuevo. Sin olvidar el factor de la atención indeseada de los polis. Cierto era que, por lo general, los policías no se preocupaban demasiado por la inesperada defunción de un vagabundo, ni siquiera cuando dicha defunción había sido causada por una bala en el cerebro. Pero nunca se sabía; tal vez hubieran tenido un día flojo y quisieran algo de emoción; o quizás un equipo de noticias de televisión se encontrara por casualidad en la escena, y las brillantes luces incitaran a actuar a los polis en contra de su voluntad... «La presencia fortuita de excrementos», como decía un erudito, asiduo de un comedor de la beneficencia en Chicago.

Dexter esperó. Despacio, con movimientos fantasmales, se untó el rostro y las manos con barro para ocultar su relativa palidez. Acto seguido agachó la cabeza y permaneció inmóvil, tranquilo, con la certeza de que era prácticamente invisible para cualquiera que se asomara al callejón que se hallaba en la más profunda oscuridad.

Después de varios minutos, escuchó unos pies que se arrastraban

a medida que se iban acercando. Quizá fuera el cazador; quizá se tratara simplemente de otro vagabundo. Dexter no se movió.

Las pisadas se detuvieron. Dexter se imaginó lo que cualquiera vería si miraba callejón abajo: basura esparcida, botellas rotas, un montón de desperdicios malolientes demasiado pequeño para ocultar a un hombre, salvo que sí lo ocultaba. Había llovido poco antes; las luces de la calle se reflejaban en los charcos. Todas aquellas cajas de cartón que ensuciaban el callejón hacía unas cuantas horas habían sido recogidas para usarlas como refugio contra la lluvia. Para el promedio de los perros de caza, el callejón daría la impresión de estar vacío e inerte, pero Medina no era un perro mediocre; él también se había entrenado en Vietnam, por tanto sabía ser paciente y esperar a que la presa cometiera un error.

Bien, en este caso, Dexter pensó con regocijo, Medina iba a tener una larga espera. Dexter Whitlaw no cometía equivocaciones; no de aquella clase. Podría haber jodido muchas otras cosas en su vida, pero había sido un cazador de primera. Así que esperó, hasta mucho después de que los pies que se arrastraban se hubieran alejado, hasta mucho después de que otros sonidos de otras pisadas pasaran de largo. Una rata olisqueó alrededor de sus zapatos, y él esperó, inmóvil. Transcurrido un tiempo, fue recompensado cuando aquellos mismos andares quedos le hicieron otra visita, deteniéndose de nuevo en el callejón. El cazador estaba observando cómo se encontraba ahora el lugar en comparación con momentos anteriores. No había cambiado nada. Convencido de que su presa no estaba allí, el cazador continuó avanzando, con los mismos pasos sigilosos y arrastrando los pies ya que un buen cazador nunca desvela su disfraz.

Los andares engañosos podrían haber funcionado si Dexter no hubiera visto una vez a Medina usar el mismo contoneo de borracho para poner el cebo a dos matones en un antro de Saigón y atraerlos engañados con la certeza de que el yanqui llevaba una «trompa» demasiado grande para oponer resistencia. Aquellos dos matones se habían especializado en los soldados americanos borrachos y se divertían golpeando a los muchachos indefensos hasta convertirlos en una papilla sangrienta después de haberles robado el dinero. La semana anterior, uno de los muchachos había muerto por las heridas internas, y una determinada facción americana comenzó una búsqueda implacable de los dos vietnamitas.

Como hombre que los había encontrado e identificado, Rick Medina tuvo el honor de eliminarlos. Con dos disparos limpios en la cabeza habría sido suficiente, pero prefirió jugar primero con ellos.

Medina era un tipo genuinamente estadounidense, limpio, atractivo, delgado, de cabello castaño cortado al cepillo y con la ropa bien planchada, con raya en los pantalones incluso bajo aquel calor opresivo. Era inteligente y amable; la mayor parte del tiempo. Cuando estaba furioso o trabajando, la amabilidad desaparecía como si nunca hubiera existido, y en sus ojos azules aparecía la fría luz del asesino.

Medina atrajo a los dos vietnamitas hasta un callejón oscuro; ni siquiera intentaron disimular que lo perseguían; así de seguros estaban de que lo tenían a su merced. Lo acorralaron como perros de caza a un conejo, pero en el último segundo, el conejo se volvió con rapidez, esfumado todo indicio de borrachera. La navaja que sujetaba Medina tenía la hoja negro mate, para evitar los reflejos de luz. Lo más probable es que los dos vietnamitas ni siquiera la vieran. Todo lo que advirtieron fue repentinas lenguas de fuego que los asaeteaban por todo el cuerpo, mientras las manos de Medina se ensañaban, dejando tras de sí unos cortes que no llegaban a ser lo suficientemente profundos para matar; no al menos, de forma inmediata. Medina los fue acribillando a rajadas, sin dejarles de hablar entre susurros, en el idioma de ellos, para que no tuvieran ninguna duda de lo que estaba sucediendo y por qué.

Los matones intentaron escapar pero se encontraron el callejón bloqueado por varios americanos de rostros impávidos, todos con una pistola en la mano. Atrapados, histéricos, consideraron que Medina era una amenaza menor y se giraron a luchar contra él. Craso error.

Rick Medina parecía una auténtica troceadora de verduras aquella noche. Cortaba tiras y cuadrados con precisión mecánica. Zigzagueaba y se precipitaba; con cada movimiento rápido de la navaja, los desposeía de alguna parte del cuerpo: una oreja, un dedo, la nariz. Ambos gritaban con voz ronca antes de que acabara con ellos, dándoles un corte limpio en la garganta y dejándolos caer. Con el rostro rígido y sin expresión, pasó por encima de los cuerpos para reunirse con el grupo silencioso al principio de la calle.

Medina se marchó solo, rechazando con indiferencia la compañía que le ofrecieron; al día siguiente, cuando salió a la superficie, su apre-

ciado «yo» amable había vuelto de nuevo, las muertes resueltas y puestas a sus espaldas.

Así era Medina, pensó Dexter. Podía matar con la frialdad de una roca cuando la ocasión lo requería, pero no era un asesino. Por muy brutales que hubieran sido las ejecuciones, fueron tan sólo eso: ejecuciones. Una lección. Después de aquello, los jóvenes soldados americanos disfrutaban de una mayor seguridad cuando salían de juerga por los bares y prostíbulos de Saigón. Medina sabía que tendría que pagar un precio personal por las dos muertes y aceptó el coste.

Cualquiera que fuera el límite trazado en el alma de Medina, nunca lo había traspasado. Todas sus muertes habían sido justas. Cuando Dexter reconsideró aquello, advirtió que seguramente respetaba a Rick Medina más que a nadie en el mundo. Medina se había ceñido a su código; Dexter no, y había pasado todos aquellos años pagando ese error.

Si alguien podía atraparlo, ese era Medina.

El reconocerlo proporcionaba una dosis extra de emoción a aquel juego.

Finalmente Dexter se puso de pie en silencio. Un vistazo a las estrellas le dijo que habían transcurrido dos horas.

Había llegado el momento de deshacerse del disfraz de vagabundo. Le había servido bastante tiempo, pero ahora Medina estaba sobre su pista. Los callejones y los comedores de beneficencia serían los primeros lugares en los cuales miraría, así que Dexter tendría que esforzarse por no estar allí. Era una pena; los vagabundos disfrutaban de un anonimato que prácticamente ningún otro grupo poseía, porque la gente evitaba mirarlos. Los polis no perdían el tiempo con ellos, y ellos a su vez no eran muy propensos a hablar con la pasma de nada de lo que veían. Sin embargo, había otros disfraces que le serían igualmente útiles; el truco estaba en fundirse con el entorno, cualquiera que fuese.

Nueva Orleans ofrecía una rica variedad de posibilidades, y Dexter consideró unas cuantas mientras daba un rodeo hacia la zona del French Quarter, el Barrio Francés, que siempre estaba lleno de vida no importaba la hora ni el día. Tras cruzar St. Charles un par de veces y girar de nuevo, siempre vigilante, llegó por fin a Carondelet. Observaba los flancos todo el tiempo, alerta ante cualquier señal de que lo estuvieran siguiendo, pero no vio nada sospechoso.

Recorrió todo Carondelet hasta cruzar Canal, donde se convertía en la calle Bourbon. Los turistas deambulaban aún por las irregulares aceras, recién salidos de restaurantes, bares y antros de *striptease*. Algunos estaban claramente bebidos y sujetaban vasos de plástico que iban derramando cerveza o combinados. Más de uno llevaba collares baratos de plástico de diversos colores, también destacaban caretas recubiertas de lentejuelas, aunque el Martes de Carnaval había pasado hacía unos cuantos meses.

Las luces de los bares resplandecían en el pavimento húmedo, el jazz gemía a través de las puertas abiertas de los locales, colisionando con los ritmos más discordantes y enérgicos que llegaban de los antros de *striptease*, donde bailarines de aspecto aburrido, tanto hombres como mujeres, meneaban las caderas y hacían como que follaban con varas, fingiendo ser sensuales.

Las carcajadas de un grupo de turistas resonaron en el aire, se trataba de tres hombres jóvenes con aspecto de acaudalados, a cuyos brazos se aferraban unas resplandecientes muchachas con vestidos de cóctel. Mientras Dexter los observaba, un hombre de andar rápido pasó rozándoles y continuó su camino, giró en la siguiente calle y desapareció, con al menos una de las carteras de los jóvenes en el interior de la camisa. Ninguno de los turistas se dio cuenta de nada de lo que había sucedido.

Era como ver una película, como si él no habitara el mismo mundo que los turistas. No eran conscientes de su presencia, miraban más allá de su persona, a través de él. Dexter se estremeció de repente, a pesar del intenso calor de las noches de verano en Nueva Orleans. Desde Vietnam estaba desconectado de todo, pero de pronto se sintió aún más distante, como si los turistas no fueran capaces de oírle aunque gritara.

Era una sensación extraña y le hizo estremecer de nuevo. Anduvo calle abajo por Bourbon, echando un vistazo a las puertas abiertas a medida que pasaba por delante, la música y las risas reverberaban como si vinieran de lejos. El tráfico de peatones era más denso por esta zona, y los polis a caballo avanzaban con dificultad por ella, las herraduras de acero repiqueteando en el pavimento. Dexter apresuró la marcha, en busca de un callejón oscuro donde poder ponerse en cuclillas y espantar esa tétrica sensación. Esto no era el centro de la ciudad, sin embargo; era el Quarter, y los callejones solían ser entradas de



patios. Si se trataba de patios privados, las entradas estaban bloqueadas con verjas bajo llave. Por otro lado, si el patio pertenecía a un restaurante, no encontraría nada de intimidad allí.

Se recordó a sí mismo que no había ido al Quarter en busca de privacidad; precisamente estaba allí porque Bourbon era una calle muy activa, y podía perderse entre los peatones. Todo lo que necesitaba era ignorar aquella sensación extraña y continuar con el asunto. Quizás abandonar Nueva Orleans por completo, ahora que Medina le seguía el rastro.

Medina. Dexter pensó en ello y se dio cuenta de lo que no concordaba, de lo que le había asustado. Medina no era el «guardián» de nadie. El hombre tenía sus principios. A la gente le ocurrían muchas cosas con el paso de los años, cambiaban por ello, pero sería necesario un torbellino para convertir a Rick Medina en un matón a sueldo.

Se presentaban tres posibles alternativas. La primera: Medina había sido engañado. Esa era la explicación más sencilla, pero posiblemente la más inverosímil dada la personalidad de Medina. No se tomaría muy bien el ser utilizado, y si alguna vez lo descubría, habría problemas.

La segunda: Medina definitivamente le estaba dando caza, pero para un tercero desconocido. Quizás el secreto no estaba tan bien guardado como él pensaba. Dios sabía que habría grandes argumentos. Esta posibilidad era la vía de escape al borde de la conspiración, pero como había dicho alguien, incluso los paranoicos tienen enemigos reales.

La tercera: Medina estaba aquí por otra razón muy distinta. Era mera coincidencia que Dexter lo hubiera visto y reconocido.

Eso era, seguro.

Dexter llegó a la altura de St. Ann Street y giró hacia allí, sin mirar a los escaparates de las tiendas de vudú al pasar junto a ellas. Todo aquello era jodidamente misterioso, y de momento ya tenía suficiente dosis de misterio. Quizá debería haber permanecido en Bourbon; St. Ann estaba vacía...

Medina salió a la luz frente a él, blandiendo una 22 con silenciador.

Dexter se detuvo y miró a aquellos ojos azules tranquilos. Su pistola estaba enfundada en el cinturón por la espalda, y supo que nunca sería capaz de alcanzarla a tiempo. La muerte lo miraba, y extraña-

mente pensó en Jeanette. Vio su rostro dulce, recordó con claridad la fuerza con que ella lo abrazó la última vez que la vio, y se sintió insignificante al darse cuenta de lo mucho que lo amaba.

Y, al mirar detrás de Medina, advirtió de pronto cómo estaba planeado. Había un cuarto escenario, uno que él había pasado por alto.

—¡Cuida...! —empezó a decir, pero el dedo de Medina había apretado ya con delicadeza el gatillo, y la bala certera se incrustó en su frente, cortando el pensamiento, el discurso y la vida.

Rick Medina se giró con rapidez, arrodillándose sobre una pierna, advertido por las últimas palabras que salieron de la boca de Dexter Whitlaw. Tenía la fuerza, la elegancia ágil de un bailarín, pero tenía cincuenta y seis años, y sus reflejos se habían ralentizado un poco. Sólo consiguió disparar una vez antes de que dos trozos de metal le golpearan el pecho cual sendas almádenas. Se desplomó en la desnivelada acera, con el cuerpo exento de sensibilidad y perdiendo poco a poco la visión al tiempo que intentaba fijarse en las tres sombras que revoloteaban sobre él. «Utilizado», pensó lleno de rabia. «Instigado y utilizado.» Sintió una explosión de furia; y después, nada.

Un coche se detuvo en el bordillo, el maletero se abrió con estruendo. Rápidamente, los tres hombres levantaron el cuerpo de Medina y lo metieron en el maletero. Uno de ellos recordó recoger la 22 con silenciador y la arrojó junto al cuerpo; otro de los hombres dio unos golpecitos rápidos en los bolsillos de Dexter Whitlaw e hizo un gesto negativo con la cabeza a los otros dos. A continuación se introdujeron en el vehículo y se alejaron tranquilamente, justo cuando un hombre y una mujer giraban la esquina desde Bourbon Street y avanzaban hacia el cuerpo de Dexter Whitlaw.

La pareja vio al hombre en la acera, y la mujer tiró del brazo de su marido.

—No pasemos junto a ese borracho —le dijo. Achispado por un par de combinados, el hombre accedió, y cruzaron la calle para evitar acercarse demasiado a lo desagradable.

Transcurrieron otros veintitrés segundos antes de que cuatro mujeres jóvenes, que se balanceaban sobre altos tacones, con bolsitos de lentejuelas demasiado diminutos para ser de utilidad, y que reían tontamente acerca del desnudo masculino que acababan de ver, recorrieran felizmente y tambaleándose St. Ann calle abajo y descubrieran que el hombre que yacía en la acera tenía un agujero en la frente.

Sus gritos estridentes traspasaron la música y las risas que se elevaban desde la calle Bourbon. Unas cabezas curiosas se volvieron. Unos cuantos hombres emprendieron una carrera, como respuesta automática al sonido de mujeres angustiadas. Los siguieron más personas, que atrajeron la atención de una pareja de policías a caballo.

De haber estado vivo, Dexter Whitlaw podría haberles dicho que cuando la actividad se está apagando, veintitrés segundos son una eternidad. Los testigos desaparecen, los coches se esfuman, las oportunidades se pierden, y el paso del tiempo continúa su constante erosión del inútil rastro que dejaron otros.